

Institute for the New Chile

Consideraciones sobre la situación actual del movimiento sindical internacional y la realidad chilena.

Carlos Parra

ASO - 64

Wijnhaven 25.
2e verdieping.
3011 WH Rotterdam.
Phone: 010-122114.
The Netherlands.

Las presentes observaciones son de carácter personal y dicen relación, fundamentalmente, con las vinculaciones del movimiento sindical internacional con las diferentes realidades nacionales. Por la situación en que se encuentra nuestro pueblo y el momento por el que atraviesa su movimiento sindical, tendremos en ellas muy presente la realidad chilena.

El movimiento sindical internacional pareciera constituir, al ser visto desde afuera, como una universalidad propia. Con características muy sui generis ha logrado establecer entre las diferentes organizaciones mundiales un sistema de relaciones que será de mayor o menor cordialidad, según el caso. No obstante, a pesar de su introversión, es indiscutible que a través de su historia y particularmente en los períodos de crisis mundiales, el movimiento sindical internacional ha tenido un desarrollo paralelo al de los acontecimientos políticos. La primera conflagración mundial interrumpió el creciente desarrollo de una organización sindical internacional. Con posterioridad, la aparición de la Unión Soviética en la comunidad de naciones produjo una separación en el campo sindical internacional que tuvo características tanto ideológicas como orgánicas y ello a partir del establecimiento de la llamada Internacional Roja. El breve período de unidad que se produjo con posterioridad a 1945, fue más bien el resultado del clima político imperante después de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, dicha esfímera

unidad no logró sobrevivir al advenimiento de la Guerra Fría.

Por otra parte, quizás convendría no perder de vista la actitud asumida por los sindicatos norteamericanos durante la primera mitad del presente siglo. Propiciaron, de manera reiterada, que el mundo había que dividirlo en esferas de interés y que, en consecuencia, el territorio del continente americano debía colocarse bajo la tutela de la Federación Americana del Trabajo (American Federation of Labor), en tanto que los europeos podían asumir responsabilidades en el resto del mundo. Sería importante para el movimiento sindical chileno investigar si estos intereses estratégicos, enunciados y reiterados durante tan largo tiempo, se han desprendido en la época actual de todo su significado e intencionalidad original.

En Europa, el período activo de la distensión - que pudiéramos ubicar entre los años 1969 y 1975 - trajo como consecuencia una cooperación más estrecha en dos niveles. En el primero de ellos se produjo la relación entre Este y Oeste y el segundo se produce en las relaciones al interior del bloque occidental. Es en este último donde una relación cualitativamente más importante ha ido adquiriendo cierta consistencia con el curso de los años. En cambio, en lo que concierne a las vinculaciones entre el Este y el Oeste no ha sido posible observar un progreso similar que tuviera por efecto una disminución de las barreras ideológicas que separan a ambos bloques.

Un cierto avance en esa dirección podría deducirse del ingreso de la Confederación General Italiana del Trabajo (C.G.I.L.) a la Confederación Europea de Sindicatos (European Confederation of Trade Unions). Por su parte, el proceso de incorporación de los sindicatos europeos pertenecientes al Consejo Mundial del Trabajo a la misma Confederación Europea de Sindicatos fue el producto de una decisión muchos menos problemática que la anterior, ya que el factor ideológico tuvo menor preponderancia. En efecto, por las características de los sindicatos de orientación cristiana el hecho es que, en su oposición a las organizaciones sindicales afiliadas a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, han influido consideraciones de carácter orgánico más que las de índole ideológica. Ello ha significado, en la práctica, que la permanente confrontación entre comunismo y social democracia tuviera escasa incidencia en la decisión de afiliación adoptada.

En lo que concierne a las relaciones sindicales entre el Este y el Oeste, es nuestra impresión que sus perspectivas de desarrollo no son de las más positivas en el momento actual. No cabe duda que los contactos formales entre las organizaciones nacionales ubicadas en uno u otro lado continuarán, pero las posibilidades de lograr un avance sustancial en el mejoramiento de las relaciones parecen ser, a corto plazo, difíciles de concebir. En otro nivel, las relaciones entre las dos

organizaciones sindicales mundiales, diametralmente opuestas como son la CIOSL y la FSM, revisten escasas - si alguna - posibilidad de un desarrollo positivo. En cambio, por las características de la actual crisis internacional hasta podría afirmarse que no pueden excluirse las posibilidades de un deterioro ulterior.

En lo que concierne a los Estados Unidos, un nuevo elemento a considerar en el desarrollo de los sindicatos norteamericanos en su intento de participar más activamente a nivel mundial y, en particular, en las actividades desarrolladas en los países industrializados así como en la Organización Internacional del Trabajo. Su reincorporación a este organismo, que se preveía como posible para fines de este año o más adelante, se ha anunciado recientemente en un comunicado que el Presidente Carter hiciera público en febrero de este año. En los sindicatos norteamericanos, a pesar de los cambios recientes que han ocurrido en sus esferas directivas, no es posible suponerles por ello una alteración sustancial de sus políticas fundamentales. Quizás sea más realista pensar que sus actividades podrían concentrarse, de preferencia, en las discusiones internacionales sobre problemas económicos y sociales respecto de los cuales el movimiento sindical norteamericano, obrando en su propio interés, no puede desentenderse.

De otra parte, nuestro movimiento sindical no puede dejar de observar con atención el desarrollo de las relaciones

entre la AFL-CIO y la CIOSL, las que pudieran mejorar cualitativamente en una perspectiva de mediano plazo. Una de las consecuencias previsibles de esa nueva relación pudiera ser una disminución de las tensiones existentes entre estas dos organizaciones lo que podría traducirse en una mejor colaboración referente a las actividades de y en los países en desarrollo. Después de todo, ambas organizaciones agrupan fundamentalmente a los sindicatos de los países industrializados que ven, con preocupación, como empresas y compañías multinacionales trasladan sus actividades al Hemisferio Sur en busca de mano de obra barata, impuestos más bajos y sistemas de retorno favorables. Pero también hay consideraciones de otra naturaleza que deben ser tomadas en cuenta. Los recientes descubrimientos de vastos yacimientos de recursos minerales en el continente latinoamericano lo transforman, más que ayer, en un elemento indispensable y casi vital para el sistema económico estadounidense. No será extraño entonces que en la relación sindical mencionada los norteamericanos expresen su interés por adquirir una mayor incidencia en los asuntos sindicales del resto del continente americano. Por estas razones pensamos que es una necesidad impostergable que el movimiento sindical chileno analice, con frialdad y objetividad, cuales pudieran ser las consecuencias concretas de esta posible nueva relación sindical para Chile y para su movimiento democrático que lucha por el derrocamiento de la dictadura.

En un análisis de la relación actual entre la CIOSL y la AFL-CIO tenemos que considerar que parte importante de las críticas que los sindicatos europeos hacen de los sindicatos norteamericanos es en torno a la ORIT. Ello en razón que, aún cuando la AFL-CIO no es, constitucionalmente, parte de la CIOSL en nada le impide jugar un papel de importancia o a lo menos influyente en la ORIT. De allí que una reincorporación de la AFL-CIO a la CIOSL tendría un primer efecto que es eliminar esta fuente de crítica lo que podría permitir a los norteamericanos reforzar sustancialmente su papel en América Latina. Frente a esta eventual circunstancia parece también imprescindible un oportuno intercambio de opiniones entre el movimiento sindical chileno y cada una de las organizaciones afiliadas a la CIOSL.

En ese diálogo el punto de vista chileno sólo tendrá fuerza si, efectivamente, representa el sentir de los trabajadores chilenos y ello implica comenzar a discutir y definir las relaciones presentes y futuras del movimiento sindical chileno, tarea difícil y delicada pero, a la vez, insoslayable. Para este propósito sería necesario analizar las vinculaciones internacionales existentes con anterioridad al golpe de Estado, las desarrolladas con posterioridad al 11 de septiembre de 1973 y los avances y retrocesos experimentados durante estos últimos años, no sólo en relaciones a las organizaciones internacionales sino también respecto de las organizaciones

sindicales en cada país. En el contexto del actual desarrollo político de la América Latina y de Chile habrá que apreciar la posible contribución o desventajas de una mayor ingerencia sindical norteamericana en el continente y, de manera muy precisa, su gravitación en el desarrollo hacia la democracia de nuestro propio país. Ello no podrá excluir la valoración positiva de ciertas acciones de apoyo solidario a nuestro movimiento por parte de los sindicatos norteamericanos, pero se requiere insertarlo en una perspectiva más amplia del desarrollo capitalista mundial y en la profundidad y alcances de los cambios efectuados por la dictadura militar chilena en sus esfuerzos por insertarse en ese esquema. Por otra parte, convendría también auscultar si las organizaciones europeas están plenamente concientes de las consecuencias para nuestros países de una nueva relación y si están dispuestas a ceder terreno, sin mayores objeciones, a la AFL-CIO. Frente a esta circunstancia, nos permitimos insistir nuevamente, el planteamiento chileno tendrá mayor o menor fuerza según sea el grado de unidad y cohesión del movimiento sindical nacional.

Los eventos ocurridos en Chile, en septiembre de 1973, despertaron en el mundo entero un enorme y sostenido movimiento de solidaridad en apoyo a la lucha de nuestro pueblo. Gran parte de la responsabilidad ha sido y será sobrellevada por el movimiento sindical internacional. Sin embargo, frente al significativo

apoyo político, material y moral que se ha recibido no es menor cierto que tanto nuestro país como su movimiento sindical han quedado más expuestos a las influencias internacionales pero, inevitablemente también, a las discrepancias existentes entre sus fuerzas principales. La tradicional situación de unidad del movimiento sindical chileno, alterada por el golpe militar y por otros acontecimientos y factores de desarrollo posterior, ha dado paso a una división de facto entre las fuerzas sindicales del país. En el evento incierto que dicha división no pueda superarse bajo la dictadura e incluso en el período de restauración de la democracia, es a todas luces aconsejable un diálogo permanente entre las distintas fuerzas que permita la efectiva cautela de los intereses de los trabajadores chilenos, frente a los empleadores o a un gobierno que no interprete cabalmente sus aspiraciones.

Al analizar la situación en nuestro país y ponderar la contribución europea no podemos dejar de tener presentes, a lo menos, tres circunstancias que se dan en el plano europeo:

1) Desde un punto de vista europeo, la distensión habría llegado en la etapa actual y para todos los efectos prácticos a un punto en el cual su propia existencia podría entrar a cuestionarse. Es posible que la situación actual esté sujeta a cambios en el

curso de la presente década, pero ello impone sobre todos aquellos que estén interesados en mantener, de manera activa, las relaciones Este-Oeste y para quienes estén a favor del desarrollo de la distensión prepararse para una época difícil en la cual se forzarán definiciones e impondrán sacrificios. La experiencia chilena demuestra claramente que nuestro proceso de recuperación democrática avanzó en la medida que existe un desarrollo positivo de la distensión y, por el contrario, que en los períodos de enfrentamiento abierto entre los bloques es solo la dictadura la que se beneficia aprovechándose de consolidar apresuradamente el proceso impuesto.

2) Los grandes sindicatos europeos están preocupados, de manera creciente, por sus propios problemas tanto en el plano social como en el económico. Cada vez gravitan sobre ellos, con fuerza creciente, los problemas económicos domésticos. Por esta razón existe la tendencia, reflejada en el nivel internacional, a dedicar mayor atención a la Confederación Europea de Sindicatos visualizándola como el foro más confiable y apropiado para llevar a cabo un diálogo que permita la colaboración a un nivel responsable. Paralelamente, el papel e incidencia de la CIOSL parecieran ir disminuyendo en importancia, desde el punto de vista de las organizaciones sindicales europeas. Este predicamento es visible en algunos de los sindicatos británicos más importantes que, de modo alguno, son los únicos ejemplos válidos en Europa.

3) En una situación de congelación de las relaciones Este-Oeste y en un período de creciente introspección de los sindicatos europeos, el único elemento de novedad en el futuro inmediato sería el reciente interés manifestado en las actividades internacionales de la AFL-CIO, las que se expresan fundamentalmente en los países industrializados, en la Organización Internacional del Trabajo y, eventualmente, en la propia CIOSL. El único factor que contrapesa la tendencia aislacionista de los europeos o la expansión de relaciones con los países industrializados es, como lo mencionáramos, el creciente desarrollo de la transferencia de actividades al Hemisferio Sur por parte de las compañías multinacionales. Esta tendencia contribuye al desempleo en los países industrializados en que de agravarse provocará las consiguientes alteraciones en el plano político y social. En buena medida, ello estimula el interés de los sindicatos de los países industrializados por evitar que Chile se transforme en una nueva Corea del Sur, un Taiwan o un Singapore. En nuestro país, la oferta de mano de obra barata es producto del sistema dictatorial impuesto y el desempleo existente es piedra angular en el esquema económico introducido por la derecha. Las condiciones actuales contrarias al interés de los trabajadores se hacen insoportables por más tiempo. Por estas razones existe un interés recíproco en alterar la actual situación en Chile y la de otros países y se abre un nuevo campo de cooperación, quizás no el fruto

de la mejor inspiración pero sí de los intereses reales e inmediatos de los trabajadores de ambos hemisferios y ello es garantía de perspectivas más seguras de colaboración.

Dada la actual crisis internacional, las perspectivas para cualquier organización sindical nacional que pretenda mantener relaciones con todos los componentes del movimiento sindical internacional no parecen ser las más promisorias. A mayor abundamiento, nos atrevemos a afirmar que las posibilidades de una organización nacional de mantener un nivel efectivo de cooperación con todas las organizaciones internacionales, en una misma instancia, ya sea para obtener un respaldo conjunto o inspirar acciones comunes - entendiendo que existen relaciones conflictivas entre dichas organizaciones - pasan a ser iniciativas revestidas de las mayores dificultades.

Pensamos que el grado de comprensión que las organizaciones sindicales internacionales puedan tener de un proceso complejo como es el nuestro e incluso las posibilidades concretas que estas tengan de entregar una solución efectiva al problema, son ambas relativamente escasas y ello, en buena medida, debido a las limitaciones propias de las organizaciones sindicales internacionales. Esta situación es tanto más real en el momento que la tradicional discrepancia entre comunismo y social democracia entra en juego. Sin disminuir, por un instante, la

contribución del componente sindical de origen cristiano, no cabe duda que fue la coincidencia de entregar apoyo solidario al pueblo chileno - expresada desde el primer momento por social demócratas y comunistas - lo que permitió construir la vertiente principal de apoyo, expresada y proyectada en Occidente, desde los sindicatos a los partidos políticos, a los gobiernos e instituciones internacionales así como generar la importante contribución de las organizaciones de carácter humanitario y religioso.

Sin embargo, es el deterioro en las relaciones entre estas dos corrientes principales, agravada por la actual crisis internacional, lo que determina que nuestras posibilidades de inspirar una acción conjunta sean crecientemente difíciles. Es evidente que en nada contribuye a este fenómeno la situación actual de relaciones al interior del movimiento sindical chileno. Al ser previsible la mantención del actual estado de cosas, habría que considerar si no debiera enfatizarse el desarrollo de relaciones internacionales a través de contactos bilaterales con las organizaciones nacionales de Europa, América Latina y otros continentes que tengan la mayor gravitación en sus respectivos países.

En nuestro continente, en virtud de los nuevos procesos de recuperación o consolidación democrática, también se ofrece nuevas perspectivas que deben ser investigadas en profundidad. Un mayor número de países latinoamericanos

han comprendido la necesidad y promovido la idea de establecer un nuevo orden económico internacional y no parecen ya dispuestos a renunciar a la defensa de sus materias primas, que la debilidad de ayer favoreciera a los países industrializados o a las compañías multinacionales. Chile es una triste excepción bajo el regimen actual. El movimiento democrático chileno, a pesar del lento avance que experimenta en el país, ha contribuido de manera importante a la lucha por la libertad del continente y de manera significativa a las nuevas relaciones entre los pueblos latinoamericanos hasta ayer, con escaso desarrollo. Es responsabilidad del movimiento sindical chileno acrecentar el patrimonio común de un mejor entendimiento y colaboración entre nuestros pueblos pues vivimos juntos en un continente que está siendo testigo de nuevas conquistas democráticas y populares. Pareciera aconsejable otorgar prioridad a estas relaciones desarrollando, particularmente, los contactos sindicales con los movimientos de trabajadores de los países limítrofes, con los trabajadores uruguayos y paraguayos y con el movimiento sindical brasileño.

Además de las relaciones dentro de América Latina, existen las condiciones que el movimiento sindical chileno continúe desarrollando sus relaciones con las organizaciones nacionales e internacionales de otros continentes y de diferente orientación política. Pero en la situación

actual de separación de facto, es posible que dichas organizaciones den preferencia al desarrollo de contactos con las organizaciones sindicales chilenas en las cuales predominen elementos de la misma orientación ideológica. De mediar tal circunstancia, sólo un alto grado de madurez política y consecuencia sindical junto a una eficiente coordinación interna permitiría asegurar un funcionamiento eficiente en la obtención del respaldo internacional indispensable para el derrocamiento de la dictadura y para asegurar el proceso de recuperación democrática.

Pero también tenemos que suponer, a lo menos teóricamente que de mantenerse la situación actual pudiera desembocar en una realidad con dos o más organizaciones sindicales centrales las que pudieran subsistir por un tiempo prolongado. Los contactos desarrollados por cada una de ellas con sus contrapartes ideológicamente afines - tanto a nivel de países como en el plano internacional - les permitiría contar con el curso de los años con un mayor grado de consolidación interna y de reconocimiento en el exterior. Desgraciadamente, ello implicaría trasladar al interior del país divergencias ya antiguas del plano internacional lo que conspiraría en contra de los esfuerzos por la reunificación del movimiento sindical chileno. Es menester reconocer que los acontecimientos de los últimos años apuntan en esa dirección y que hay que hacer todos los esfuerzos necesarios por evitarlo.

Ante esa situación y mientras subsista la emergencia corresponde a las distintas organizaciones sindicales chilenas intensificar el diálogo que permita al pueblo chileno contar, efectivamente, con la suma de los respaldos internacionales. Habría un alto grado de responsabilidad si como consecuencia de los actuales problemas y discrepancias el pueblo de Chile se viera debilitado por la disminución de la solidaridad interna cional. El diálogo permanente no está exento de dificultades pero es esencial antes y después de la dictadura y de él deben emanar las nuevas bases de reunificación sindical.

Si nos detenemos por un instante en analizar lo que ha sucedido en el movimiento de solidaridad sindical en el exterior tenemos que concordar que éste ha sido de gran significación e importancia. Para su mantención es indispensable la existencia de un centro orgánico unitario o, en subsidio, una instancia de coordinación unitaria que tenga un funcionamiento eficiente. Lamentablemente, ninguna de las dos circunstancias se dan en este momento. Es menester reconocer, además, que la experiencia demuestra que el sistema de tener representantes distribuidos en distintos países y con diferentes puntos de vista político entre sí ha llevado, en más de una oportunidad, a confusión a las organizaciones dispuestas a entregar ayuda y respaldo a la causa democrática chilena. Si a ello agregamos más de una expresión orgánica

chilena en el plano exterior se contribuiría a confundir más a estas organizaciones extranjeras. Las consecuencias del estado actual de cosas ya ha comenzado a hacerse presente y sus consecuencias pueden ser muy serias pues no quedarían circunscritas solamente al contingente sindical del movimiento democrático chileno. Es preciso, a la brevedad posible, encontrar una nueva formulación unitaria o una nueva instancia de coordinación que logre disminuir los efectos negativos de una división de hecho. Si bien el apoyo internacional ha sido fuerte en el campo sindical no puede desconocerse que el mero transcurso del tiempo, para no mencionar otros factores, pudiera servir de excusa a quienes quisieran volcar la atención a otros problemas internacionales igualmente urgentes.

No obstante la importancia del quehacer en el campo de la solidaridad internacional, no cabe duda que ella no podrá jamás sustituir la efectividad de las acciones que se emprendan a nivel nacional. A pesar de los problemas anotados y del hecho que las organizaciones internacionales tienen una larga historia de interferencia en los problemas internos de las organizaciones nacionales o en las dificultades de sus federaciones, dondequiera se haya producido una división en algún país determinado, no es menos efectivo que dichas organizaciones internacionales tienen la tradición de aceptar las circunstancias de la vida sindical de un país aún en el caso que la

organización nacional en cuestión se resista a incorporar en su seno las confrontaciones tradicionales vigentes en el plano internacional. Por ello corresponde, en buena medida, al esfuerzo y responsabilidad de los mismos chilenos la superación de sus dificultades. Sería un error aceptar, atribuyéndole el carácter de hecho inevitable y resignándose ante él, que la inserción de las divergencias internacionales será, a futuro, uno de los elementos esenciales de nuestra vida sindical en el país.

Por estas razones, el movimiento sindical chileno debiera mirar con gran atención cuales son las posibilidades de futuro desarrollo del concepto de internacionalismo en el movimiento sindical mundial. Este continúa enfatizando su carácter internacional, pero es también efectivo que los acontecimientos políticos tienen una incidencia creciente en su interior. Ya no se trata solamente de la crisis económica y social que aflige a la mayoría de los países o a las relaciones entre el Norte y el Sur y sus crecientes diferencias. En ocasiones, las organizaciones sindicales parecen más preocupadas de discutir eventos internacionales, como los de Afganistán, que en buscar las áreas de coincidencia para enfrentar problemas domésticos. Tal pareciera haber sido el caso entre la CFDT y la CGT en Francia.

En más de alguna circunstancia, estas situaciones internacionales son utilizadas como un arma para ganar

posiciones en el plano nacional. También la actitud que se asume frente a una organización que ha sido forzada al exilio y a la ilegalidad después de un golpe fascista, puede ser utilizada en una situación interna tanto en el seno de cada organización como en las relaciones entre organizaciones supuestamente dispuestas a colaborar con las fuerzas sindicales proscritas. Es de relativa frecuencia que organizaciones sindicales extranjeras se acusen entre sí - por diferentes razones políticas - de no estar ayudando suficientemente a la causa chilena o de reclamar para sí el mérito de ser los únicos que apoyan auténticamente.

En lo que concierne a Europa, pareciera ser un hecho que el movimiento sindical ha adoptado una actitud crecientemente regionalista en tanto que la expresión capitalista europea, por sus vinculaciones con ciertos tipos de gobierno, ha devenido en una fuerza de creciente influencia internacional más allá del continente. Da la impresión que existe un reconocimiento generalizado de este hecho, pero siendo impotentes las organizaciones sindicales para alterar sustancialmente esta circunstancia, han optado por llevar adelante acciones internacionales conjuntas en el marco más restringido de la Comunidad Europea o en el ámbito de los países industrializados.

Las internacionales sindicales permanecen, por lo tanto, como foros de discusión con posibilidades de coordinar

cierto tipo de acciones para situaciones como las que atraviesa nuestro país, pero la verdad es que cada una de estas medidas acordadas tiene que ser implementada a nivel nacional. De allí que para el movimiento sindical chileno sea importante el desarrollo de óptimas relaciones con un determinado número de organizaciones nacionales y si éstas están efectivamente dispuestas a influir y persuadir a sus respectivos gobiernos, sólo entonces comienzan a abrirse posibilidades reales de éxito. Otra manera posible de lograr resultados concretos para la solidaridad con Chile, en uno o más países, es que previo el acuerdo nacional se proyecten a las organizaciones internacionales buscando allí el apoyo más amplio. Esta circunstancia podrá ser viable pues estaría de por medio el interés de la propia organización nacional que está implementando la medida, la que buscará romper la unilateralidad de la acción.

En más de alguna oportunidad no ha dejado de asaltarnos la inquietud de si acaso no hemos sido confundidos, al plantear los problemas de solidaridad y más específicamente de boycott con un énfasis casi exclusivo en las organizaciones o federaciones internacionales, según el caso. Ineludiblemente, de contar con un acuerdo favorable, dichas resoluciones debían implementarse al nivel nacional las que se comunicaban burocráticamente. Correspondía a los chilenos agitarlas, sin contar a veces con las mejores condiciones de unidad de planteamiento o coordinación o con los elementos humanos más idóneos para alcanzar éxito en las gestiones. En cada país se han tenido que enfrentar

las reservas y limitaciones provenientes del interés nacional visualizado de distintos ángulos por el gobierno, los partidos políticos y las organizaciones sindicales o las empresas. En otros países existen serias limitaciones provenientes de una legislación que hace efectiva la responsabilidad de los sindicatos por participar en acciones de boycott u otras similares. No son poco frecuentes los casos en que existe desinterés o apatía por participar en este tipo de acciones relacionadas con nuestro país. En Europa, los sindicatos están más integrados en la estructura política y social del país lo que determina que acciones sindicales independientes sean menos factibles de ser acordadas. En países como Francia e Italia, donde existen innegables condiciones favorables para este tipo de acciones, por la relativa debilidad de sus organizaciones o por sus divisiones internas las posibilidades de éxito en estas acciones y de una efectiva proyección internacional, son limitadas.

Por contraste, los sindicatos norteamericanos parecen tener menos inhibiciones para adoptar e implementar acciones de boycott si logran ser convencidos de la utilidad de la acción, lo que podría ser una contribución importante en la lucha contra la dictadura. Tradicionalmente han participado en este tipo de acciones y es justamente su menor grado de compromiso, hasta donde ello es posible, con la estructura político-social lo

que les ha permitido un relativo éxito. La preocupación de los trabajadores norteamericanos por el desarrollo de nuevos centros competitivos que amenazan su propia fuente de trabajo no está desvinculado en su interés por Chile y siendo un aspecto que conlleva gran potencialidad de desarrollo.

Si alguna conclusión general pudiéramos deducir de estas observaciones ciertamente carecerían de un tono optimista. Por una parte, las organizaciones sindicales internacionales tienen ciertas limitaciones para actuar y aún cuando puedan adoptar acuerdos generales ellos requieren de una implementación en cada estructura nacional. Por la otra, la necesidad de profundizar los contactos en cada país está condicionada por la creciente introversión, en particular, de los sindicatos europeos que tienden a cautelar también el interés nacional como una manera de preservar sus fuentes de trabajo. Lo anterior puede llevar un menor interés por la solidaridad internacional, no en la forma pero sí en los hechos. Por su parte, las federaciones internacionales tienen también limitaciones debido a que, para implementar las acciones de boycott, no todas están llamadas a sacrificarse por partes iguales y es, generalmente, la del transporte la que debe soportar el mayor peso en este tipo de operaciones.

Desde otro punto de vista, la acción internacional en todos sus planos depende crecientemente de los que

sucedan en el interior del país. La solidaridad internacional tiende a concentrarse, casi en forma exclusiva, en lo que suceda en Chile y las representaciones externas pierden importancia. Sin embargo, se excepcionan de este proceso y concitan bastante atención cuando pierden sus formas unitarias o se advierten grados de disidencia entre sí. Aún para el caso de superarse las actividades presentes, parece aconsejable que el movimiento sindical chileno reexamine detenidamente su funcionamiento en el exterior con el fin de continuar captando el nivel de solidaridad alcanzado. A pesar de la enorme contribución ha habido fallas y deficiencias que debe superarse con urgencia.

Finalmente, en una etapa de confrontación internacional como la actual el movimiento sindical chileno debiera propender a sumar los diferentes aportes internacionales que cada una de sus corrientes está en condiciones de entregar. Paralelamente a los contactos ya establecidos con las organizaciones sindicales internacionales, debiera buscarse la profundización de los contactos con las organizaciones nacionales e intensificar, más aún, las relaciones con aquellas de mayor influencia en el plano nacional y de mayor prestigio y audiencia en el nivel internacional. Los contactos en nuestro propio continente debiera ocupar la atención permanente de nuestro movimiento sindical. Para la eficiencia de este trabajo es imprescindible el actuar unitario en el que se incorpore a todos los chilenos, unidad que tendrá

expresión orgánica o de coordinación que sea posible alcanzar mediante un diálogo amplio y sostenido. Esta unidad de acción debiera expresarse no sólo en el nivel internacional sino en cada uno de los países que contribuyen con su esfuerzo a la solidaridad con el pueblo chileno.

La delineación de los perfiles del movimiento sindical post-dictadura se configura, en buena medida, durante estos años críticos. Durante este período debiera discutirse y acordarse una política realista de relaciones internacionales que es un importante factor en la construcción de una alternativa democrática y que nos permita mantener una solidaridad internacional que será necesaria por un tiempo prolongado que va, ciertamente, más allá del derrocamiento de la dictadura.